

iglesia al día

★ **la iglesia y la sociedad civil**

la iglesia y la sociedad civil

El día 11 de Septiembre de 1974 en una audiencia general de los Miércoles Pablo VI expuso de una manera breve y clara lo que tal vez sea el problema principal de la Iglesia como institución en el mundo moderno. Aparentemente la Iglesia se ha quedado sin trabajo. Muchas de las cosas que la Iglesia ha hecho durante siglos las hace hoy —y en ocasiones mejor— la sociedad civil. En forma de interrogaciones, método frecuente en estas alocuciones, pregunta el Papa: “¿Acaso se habrá producido un abismo que parece insalvable entre el pensamiento moderno y la vieja mentalidad religiosa y eclesial? ¿No habrá sido absorbido en la cultura profana el tesoro de sabiduría, de bondad, de sociabilidad, que parecía ser patrimonio característico de la religión católica, hasta casi vaciarla y privarla de sus innumerables razones de ser, para trasvasar este patrimonio a las costumbres laicas y civiles de nuestros tiempos? ¿Existe todavía necesidad de que la Iglesia nos enseñe a amar a los pobres, a curar y asistir a los que sufren, a inventar los alfabetos para los pueblos analfabetos, etc? Todo esto, y acaso bastante mejor, lo hace el mundo profano por sí. La civilización camina con fuerzas propias, etc”. (1).

No sé si este último “etcétera” pertenece al discurso del Papa o ha sido añadido por el *Osservatore* para abreviar algo el discurso. El hecho es que parece haber una solución de continuidad entre este párrafo y el siguiente. Después de oír que la sociedad civil hace hoy muchas de las cosas que antes hacía la Iglesia y de que en ocasiones las hace bastante mejor, lo que se podía esperar es que el Papa se congratulara de la fecundidad de la semilla plantada por la Iglesia a través de los siglos. Incluso en el caso de que la sociedad civil piense que realiza esto por su propia cuenta, aún se podría esperar la respuesta de Jesús a los Apóstoles cuando éstos querían prohibir a uno que echara los demonios en nombre de Jesús, porque no andaba con ellos: “El que no está contra nosotros está a favor nuestro” (Mc 9,40).

Pero el discurso prosigue: “Pero entonces ¿no están acaso claros los motivos de la irreligiosidad moderna, del laicismo, celoso de la propia emancipación, del abandono de los deberes religiosos por parte de pueblos enteros, del materialismo de las masas, insensible a toda indicación espiritual? Sí, la Iglesia se encuentra en dificultades”.

Volvamos, sin embargo, a la primera parte del discurso. Ciertamente muchas de aquellas cosas, con las cuales se había identificado la apariencia externa de la Iglesia como institución: la creación de hospitales, de escuelas, de universidades, la preocupación por los pobres, etc. Lo realiza hoy la sociedad civil y —al menos desde un punto de vista técnico— mejor que la Iglesia con sus limitados recursos, a pesar de lo que algunos puedan pensar de las riquezas de la Iglesia. Prescindo ahora de si la sociedad civil pone en la preocupación por los enfermos, por la enseñanza, etc. todo el cariño y toda la dedicación que realmente habría que poner, cuando una persona se dedica a estos menesteres, no por el interés puramente económico, sino por una auténtica vocación de entrega a los demás. Es cierto que aún quedan monjas en los hospitales, pero es cierto también que la seguridad social ha sustituido, y en muchas ocasiones de una manera mucho más comprensiva y más rica en medios, lo que la caridad de la Iglesia practicaba en los siglos anteriores, cuando nadie se ocupaba de los enfermos, de los ancianos o de la educación de los niños. La que fue en sus tiempos la cuna de la cultura de Occidente se ve hoy marginada, a pesar de la existencia de colegios religiosos e incluso de Universidades Católicas, por la enorme cantidad de dinero que los estados dedican al problema de la enseñanza y la culturización de los pueblos. Nunca ha podido soñar la Iglesia en dedicar a la enseñanza en un año —y hablo de cifras de un modesto presupuesto español— cien mil millones de pesetas. Aunque lo hubiera pensado no hubiera podido realizarlo. Y en la preocupación por los pobres, por los abandonados, por los indigentes, un agudo sentido de justicia social ha sustituido con ventaja a antiguas instituciones eclesiales, como las conferencias de San Vicente de Paul, que en su tiempo realizaron indiscutiblemente obras de caridad necesarias para hacer frente a miserias a las que nadie ponía remedio. Pero, tal vez por la mentalidad de las personas que estaban comprometidas en ellas, derivaban fácilmente hacia una concepción paternalista de esta dedicación a los demás y por supuesto eran absolutamente insuficientes para sanar de raíz la injusticia estructural de una sociedad en la que los pobres y los proletarios eran sistemáticamente oprimidos y no se les tenía absolutamente en cuenta. En todas estas obras tenemos que ver manifestaciones, sin duda condicionadas por el tiempo, pero con frecuencia también heroicas, del amor de la Iglesia. Pensemos por ejemplo en aquellos grandes hospitales medievales, en los asilos para personas ancianas o para retrasados mentales, llevados única y exclusivamente por la Iglesia; en los cuidados dispensados a hombres rechazados por la sociedad, como las grandes leproserías, llevadas en sus tiempo heroicos exclusivamente por la Iglesia y cuya acción se prolonga hasta nuestros días.

Pero todas ellas son expresiones concretas y limitadas, condicionadas por el tiempo, del amor de la Iglesia. Expresiones condicionadas, no la única expresión del amor. Ya el autor de la Imitación de Cristo habla de lo que podríamos llamar la capacidad inventiva del amor: “el amor desea más de lo que puede y no se queja de lo imposible, porque cree que todo lo puede y que todo le está permitido” (Libro III, cap. 5).

Para comprender la crisis de identidad que hoy se produce en la Iglesia como institución tenemos que tener en cuenta que la mentali-

dad actual tiende a identificar el ser de algo, concretamente el ser de un individuo o de una institución, con su rendimiento. Cuando la sociedad entera, y los católicos naturalmente viven dentro de esta sociedad, identifica tanto el ser individual como el ser de una institución con su función y con su rendimiento, entonces nada tiene de particular que, cuando esta función o este rendimiento es realizado por otro individuo o por otra sociedad, y en determinadas ocasiones incluso mejor, el individuo o la sociedad en cuestión piensen de alguna manera que han perdido su razón de existir y que su propia identidad es la que está puesta en cuestión. No es de extrañar que precisamente en esta época funcional la Teología de la muerte de Dios haya hecho su aparición a partir de la idea de que Dios ha dejado de "funcionar" en el mundo moderno y que el mundo moderno, o la humanidad, presente o futura, puede realizar todas aquellas cosas que, en un tiempo pasado, realizaba Dios. Un Dios que no actúa o cuya actuación puede ser realizada por otro es un Dios superfluo y por consiguiente, para esta mentalidad pragmática, un Dios innecesario, que ha dejado de existir.

No voy a entrar en la discusión de los problemas que esta mentalidad puramente funcional y pragmática crean en el hombre católico de hoy, y aun en el hombre en general. Me voy a referir únicamente a las conclusiones que de estas palabras del Papa ha sacado un conocido director de cine italiano, Pier Paolo Pasolini, en un artículo publicado en el *Corriere de la Sera*, el Domingo 22 de Septiembre de 1974. En este breve artículo califica el "dicursito" del Papa de "histórico". Y no se refiere a la historia reciente y mucho menos a la actualidad, pues de hecho el discurso ha pasado inadvertido a la prensa. Lo califica de histórico en relación a todo el curso de la historia de la Iglesia Católica. Para Pasolini el discurso del Papa significa el fin de una Iglesia institucional, que ha venido existiendo durante casi dos mil años, pero que de hecho ha sido sustituida por la sociedad civil. Afirma Pasolini que por esta vez, aunque no sea la única, Pablo VI ha visto crudamente la realidad de la Iglesia desde fuera y lo ha dicho con brutal sinceridad. La Iglesia en la moderna sociedad no tiene nada que hacer. El único medio de salvación que le queda a la Iglesia —dice Pasolini— es, según el Papa, orar, pero, añade Pasolini, este remedio es puramente interior a la Iglesia. El mundo de fuera no ora. Aquí hay que hacer una aclaración: En el discurso del 11 de Septiembre la solución que da Pablo VI no es la oración, sino la fe. La fe naturalmente en las promesas de Cristo. Yo diría, una fe que cree que la Iglesia no se disuelve sin residuos en su pobre y humana actuación. Es posible que una de las mejores maneras de actuar ese amor de la Iglesia en la sociedad actual sea la de enseñar a los hombres a superar las propias crisis de identidad, en una sociedad que los considera en última instancia como piezas intercambiables y sustituibles de un grande y complicado mecanismo, en el cual cada uno se identifica única y exclusivamente con su rendimiento.

Una idea parecida, aunque coloreada por la mentalidad marxista del autor, creo que es, la que no sin cierta simpatía, propone Pasolini, frente a la aparente capitulación resignada, que él cree descubrir en las palabras de Pablo VI. En Pasolini actúa tal vez la añoranza por una situación de liderazgo de la Iglesia que trajo muchos

días de gloria y de grandeza a la misma Italia. Curiosamente Pasolini parece lamentar la situación actual de una Iglesia, que después de haber dictado los destinos de Occidente es en la actualidad sistemáticamente ignorada y excluida de las grandes decisiones de los estados y utilizada por ellos únicamente como elemento folklórico y ornamental. Incluso en países católicos, a la Iglesia como institución se la mantiene al margen de todas las decisiones verdaderamente importantes de los gobiernos y se le concede el papel decorativo y folklórico de las bendiciones solemnes, de las misas de campaña, o de los solemnes funerales, en un nivel parecido al que, en otras ocasiones, pueden realizar los coros y danzas de la sección femenina. Así la Iglesia ha quedado recientemente en Francia y en Alemania al margen de la ley sobre el aborto y queda también al margen en importantes decisiones sobre cuestiones sociales, que tocan a los derechos humanos, sobre los que ya ha hablado el Concilio Vaticano II (2).

La solución propuesta por Pasolini a la actual crisis de la Iglesia es que ésta debe pasar a la oposición. Desgraciadamente la oposición no es ningún abstracto independiente, sino una serie de partidos políticos definidos y el compromiso con ellos puede ser tan esclavizante como la simpatía por el poder constituido. Sin embargo Pasolini no habla de la oposición en este sentido restringidamente político, sino de la oposición a todo un estilo de vida, dominado por el hedonismo y el consumo y patrocinado y divulgado por la televisión.

Frente a esta situación piensa Pasolini que "volviendo a emprender una lucha que, por otra parte, está en su tradición (la lucha del Papado contra el Imperio), pero no para la conquista del poder, la Iglesia podría ser la guía grandiosa, aunque no autoritaria, de todos aquellos que rechazan (y habla un marxista precisamente en cuanto marxista) el nuevo poder consumístico, que es completamente irreligioso, totalitario, violento, falsamente tolerante; es más, más represivo que nunca, corruptor, degradante... Este rechazo lo podría simbolizar la Iglesia volviendo a los orígenes, es decir: a la oposición y a la rebelión. Hacer esto, o aceptar un poder que ya no la quiere, es decir: suicidarse".

El dilema para Pasolini es claro: o la Iglesia se opone, no a un gobierno determinado, sino a toda la cultura (capitalista) del mundo occidental actual y se puede convertir así en el líder de todas las aspiraciones por una sociedad mejor, o sigue aliada con esta cultura, que de hecho no la quiere, sino únicamente la utiliza, y se suicida, es decir, pierde la razón de existir.

Esta oposición en bloque a la cultura actual me recuerda curiosamente la última proposición condenada en el *Syllabus* de Pío IX. En esta proposición se condena en efecto a cualquiera que afirme: "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la cultura moderna" (DS 2980, D 1780) Esta proposición por su carácter masivo e indiferenciado es un exponente claro del endurecimiento de la mentalidad dogmática en la Iglesia. El progreso, el liberalismo y la cultura moderna son realidades demasiado complejas como para ser condenadas y rechazadas en bloque. Pasolini, como marxista, debe ser también dogmático y de hecho es masivo e indiferenciado. Pero se puede decir que tiene también la misma razón y la misma sinrazón de Pío IX. Es claro que hay muchas

cosas en la moderna cultura y en el progreso, con las que la Iglesia no debía haber transigido y que no debía haber silenciado. ¿No se habrá dejado la Iglesia engañar por la tolerancia de los modernos estados? En ocasiones la situación actual de la Iglesia recuerda curiosamente a la situación del clero oficial de Israel en tiempos del profeta Amós, que es descrita brevemente por J. Bright en su "Historia de Israel": "Lo único que cabe suponer es que, habiendo resistido a Jezabel hasta la muerte, y habiendo visto logrados sus deseos inmediatos, mediante la purga de Jehú, los sacerdotes se dieran por contentos con facilidad, y ciegos al hecho de que el paganismo permanecía todavía, y alegrándose del resurgimiento de Israel, hubieran puesto su fervor patriótico al servicio del Estado y le hubieran dado su bendición en nombre de Yahvéh. Incapaces de criticarlo, sus oráculos nacionales contribuyeron al contento general. Parece, en efecto, que como grupo se habían hundido en la corrupción general y se habían convertido en esclavos del momento, profesionales, interesados ante todo en sus gratificaciones (Amós 7, 12; Miqueas 3, 5), que eran mirados con amplio desdén" (3).

La corrupción que crea la moderna sociedad de consumo es mucho más sutil que lo que fue la corrupción del alto clero en el Renacimiento, y por esa razón es mucho más difícil, no solamente el librarse de ella, sino incluso el caer en la cuenta de que estamos metidos en ella.

Tal vez para caer en la cuenta de la situación haría falta una constelación de santos, pero de santos ásperos e incómodos, como los antiguos profetas de Israel, y es posible que, incluso después de esa constelación de santos, fuera necesaria también una catástrofe parecida a lo que fue la deportación babilónica para el mismo Israel.

Naturalmente la Iglesia tiene problemas, como dice no solamente en este discurso, sino en una gran parte de sus discursos, Pablo VI; pero estos problemas se vienen gestando desde hace siglos y no son una novedad que nos haya caído del cielo claro precisamente en estos años postconciliares. Uno de esos problemas —y tal vez el más visible— es la dispersión en la sociedad civil de bienes que parecían privativos de la Iglesia católica, una especie de ósmosis entre la Iglesia y la sociedad civil que ha tenido lugar desde que fueron derribados los bastiones de la Iglesia a consecuencia de la Reforma. A partir de entonces los límites claros de la Iglesia medieval se han ido haciendo cada vez menos precisos y más difuminados. Pero esta dispersión y disolución de los bienes de la Iglesia en la sociedad civil permite, como hace tiempo hizo notar H. Urs von Balthasar, el que sean iluminadas zonas aun más oscuras de la sociedad a donde la luz de la Iglesia misma no llegaba. "Mediante aquéllos que han salido de la Iglesia empieza a establecerse una especie de ósmosis nueva entre la Iglesia y el mundo, una corriente de doble sentido, como una respiración. Y en virtud de este nuevo sentimiento de responsabilidad para este interior exteriorizado, las ligaduras se hacen cada vez más indisolubles con aquello que es verdaderamente exterior y que ahora es comprendido como el mundo de todos los hermanos en Cristo" (4).

Naturalmente esta pérdida de substancia espiritual a lo largo de los siglos tiene que provocar un debilitamiento en la Iglesia, pero la salvación no se ha operado nunca sin una pérdida de la propia subs-

tancia. Como el Helenismo supuso una ampliación geográfica de la cultura griega, pero al mismo tiempo una pérdida de la concentración y pureza de la cultura griega, así también la ampliación de los bienes de la Iglesia a la sociedad civil tiene que traer consigo una pérdida de calidad, de pureza, de concentración, e incluso un empobrecimiento en la Iglesia institucional, que ha sido perceptible después de que cada herejía se llevaba, por así decirlo, una parcela de la verdad de la Iglesia y la Iglesia se retiraba a un reducto más estrecho, pero en su opinión, mejor fortificado. Hoy ya no existe este último reducto y la Iglesia está expuesta a todos los vientos que corren por el mundo. ¿Es esto una maldición para la Iglesia? En cualquier caso es una situación real y la solución no puede ser simplemente lamentar esta situación, sino en primer lugar comprenderla y en segundo lugar procurar sacar todo el partido posible de ella, sin quedarse en añoranzas estériles de los buenos tiempos pasados. No la "cavitación", sino, como dice Pablo VI, la fe, la fe en que el Evangelio es, como dice S. Pablo, una "dynamis" una fuerza capaz de transformar todo lo que entre en contacto con ella (Rom 1,16). Como dice Pasolini, "de todas las culpas de la Iglesia a lo largo de su historia, la más grave sería la de aceptar *pasivamente* la propia liquidación por parte de un poder que se ríe del Evangelio".

Es posible que la Iglesia como institución se haya hecho demasiado pesada, demasiado complicada, demasiado fortificada —como el joven David en la coraza de Saul— para emprender por su cuenta una renovación en la que tantas viejas estructuras tienen que modificarse, o tienen que ser abandonadas. Y como dice de nuevo el mismo H. Urs. von Balthasar: "Es posible que Karl Barth tenga razón cuando dice que con frecuencia los conventículos han conservado más vida cristiana que las que se llaman iglesias" (5). Por lo menos han conservado más iniciativa y menos miedo a equivocarse y tal vez por eso sean las pequeñas comunidades —no precisamente los "conventículos"— las que tengan que correr el riesgo de intentar nuevos caminos. La libertad, para la que hemos sido liberados por Cristo, es siempre un riesgo.

Aquí podíamos dar por terminada esta nota sobre el discurso de Pablo VI y la respuesta de Pasolini, si el *Observatore Romano* no hubiera escrito a su vez una réplica el 26 de Septiembre de 1974, a la que contestó Pasolini en el *Corriere della Sera* el 6 de Octubre siguiente.

El artículo del *Osservatore*, titulado *I sofismi del nuovo "profeta"*, está cargado de ataques personales, con un lenguaje demasiado gastado para seguir teniendo sentido. Se habla, a propósito de Pasolini, del decadentismo reprochable, de la habilidad de un escribir corrosivo, de cierto hipnotismo de palabras, de pocos y delirantes pensamientos, de fantasmagoría de argumentación, de hábil manipulación de la palabra, de sofisma y mixtificación. Sobre el problema principal propuesto por Pasolini, el que la Iglesia como tal no significa nada en las decisiones verdaderamente importantes de la moderna sociedad y de los modernos estados, el *Osservatore* no parece que tenga nada que decir. Porque decir que las Iglesias siguen llenas y que la participación en el culto es más profunda que antes del Concilio y que no es verdad que las vocaciones hayan en general retrocedido (?) no es responder a la cuestión. Después afirma el articulista que

“La Iglesia no teme perder las masas, porque para la Iglesia no existen masas. Existen hombres, hijos de Dios con su propia historia”. La verdad es que la historia de la apostasía de las masas es algo demasiado trágico como para ser eliminado de la historia misma de la Iglesia con una mera frase. ¿Es solo el Señor Pasolini el Sofista Gorgias en traje de Profeta del 2000?

Naturalmente Pasolini responde a los ataques personales del *Osservatore*, pero prescindiendo de este aspecto más anecdótico, hace notar que el articulista del *Osservatore* no ha entendido lo que él ha escrito sobre la crisis de la Iglesia: “No era ni mucho menos un ataque —dice—, era por el contrario casi un acto de solidaridad —ciertamente extremadamente anómala y prematura— debida al hecho de que, finalmente, la Iglesia me parecía como derrotada y, por eso, finalmente libre de sí misma, es decir, del poder”. No creo que nadie esperara de Pasolini un acto de adhesión incondicional a la Iglesia, pero ciertamente un acento de simpatía no está ausente de su artículo, perceptible incluso para aquéllos que no estamos totalmente de acuerdo ni con sus análisis ni con sus soluciones.

Pero lo que nos interesa es lo que Pasolini mismo dice sobre las posibilidades futuras de la Iglesia. El ha visto en “el llanto de Pablo VI” “un acento más subterráneo de dolor sincero y profundo, es decir, religioso, cargado de posibilidades futuras”.

Estas posibilidades las reduce a dos, de desigual valor. La primera sería la separación radical entre la Iglesia y el Estado. La segunda la separación de la Iglesia del entorno rural.

En cuanto a lo primero Pasolini nos da una interpretación personal de la frase de Cristo “dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Cristo no podía querer decir de ningún modo: “Contenta a uno y a otro, no busques dificultades políticas, concilia el sentido práctico de la vida social con el carácter absoluto de la vida religiosa, enciende una vela a S. Miguel y otra al diablo”, etc. Para Pasolini la “y” es disyuntiva y “crea dos universos no comunicantes, o si acaso, contrastantes, en suma “inconciliables”. Cristo al establecer esta dicotomía extremista, impulsa e invita a la oposición perenne al César, aunque no violenta, a diferencia de los zelotes”.

Hay que reconocer que aquí no sabemos quién es el “César” para Pasolini. ¿Es cualquier estado, incluyendo los estados (provisoriales) de los países socialistas, como encarnación de la cultura consumística de la que habló en su primer artículo? Porque también los estados socialistas han caído, tal vez inevitablemente, en la cadena del consumo y la producción. ¿Ve Pasolini en la Iglesia —desprovista de sus estructuras de poder— el posible líder que nos libere de la pesadilla de esta espiral sin fin?

Al proponer también la liberación del entorno rural en el que se había aclimatado la Iglesia parece que Pasolini cae en la cuenta del peligro de materialización de la religión que las sociedades agrícolas llevan consigo y contra el que tuvo que luchar Israel por medio de sus grandes profetas. El peligro de que Yahvé fuera sustituido por un dios o por una diosa de la fecundidad fue siempre una de las grandes tentaciones de Israel. Pasolini cree que “en el universo rural Cristo ha sido asimilado a uno de los miles Adonis o Proserpinas existentes, que ignoran el tiempo real, es decir, la historia”. Paso-

lini cree que la ciudad, con su sentido de la historia y de la escatología, "es infinitamente más capaz de acoger el modelo de Cristo, que cualquier religión rural". Pero es claro, después de lo que ha dicho sobre la sociedad de consumo, que Pasolini no podía proponer a la Iglesia que se pasara simplemente de la cultura rural a la cultura industrial. Por eso añade: "si quiere sobrevivir en cuanto Iglesia, la Iglesia tiene que abandonar el poder y abrazar aquella cultura odiada siempre por ella —que por su misma naturaleza es libre, anti-autoritaria, en continuo devenir, contradictoria, colectiva, escandalosa". Esta cultura no es ciertamente la cultura del marxismo ortodoxo, pero es posiblemente la cultura socialista con la que sueña Pasolini y es lo suficientemente imprecisa como para no poder sacar ninguna conclusión operativa, aunque sí se pueda sacar esa ilusión con la que hacen soñar todas las utopías.

No he pretendido dar una solución a los problemas aquí planteados, sino únicamente una información —aunque ciertamente no sea "sine ira et studio"— de los problemas planteados a la Iglesia por la realidad actual de la sociedad y expuestos tanto en el discurso de Pablo VI como en los breves artículos de Pasolini. El discurso de Pablo VI ciertamente ha pasado desapercibido a muchos. Pasolini nos puede ayudar a ver desde fuera lo que nosotros mismos vemos —como problema, desde dentro. La solución no creo que esté en la línea seguida por el *Osservatore* (no pasa nada y el Sr. Pasolini está mal informado). Tanto en su planteamiento del problema, como en sus intentos de solución, con todas sus imprecisiones, ambigüedades e incluso contradicciones, podemos encontrar algo de luz, que nos ayude a mejor comprender la situación actual de la Iglesia e incluso a buscar caminos de salida: liberación de las esclavitudes de la moderna civilización, ayudar al hombre a encontrarse a sí mismo en una sociedad puramente funcional, etc. En este caso tenemos que agradecer la luz, de dondequiera que nos venga.

NOTAS

1. L'*Osservatore Romano*, 12 Sept. 1974.
2. Libertad de asociaciones obreras: *Gaudium et Spes*, n.º 68; de asociación y de expresión de la propia opinión: *Gaudium et Spes*, n.º 73; etc.
3. J. BRIGHT, *La historia de Israel*. Bilbao 1969, p. 271.
4. HANS URS VON BALTHASAR, *Dieu Vivant* n.º 25 (1953), p. 25.
5. *Ibidem*, p. 24.
6. El mismo artículo del *Osservatore* dice textualmente sobre el problema de las vocaciones: "Ma le vocazioni si sono spente? Si informi il signor Pasolini".